

ARTHUR MILLER: su palabra y su silencio

1947, "Todos eran mis hijos"; 1949, "La Muerte de un Vendedor";
1953, "Las Brujas de Salem"; 1955, "Panorama desde el Puente". Después,
un largo silencio.

Durante estos ocho años de silencio, cosas nuevas han sucedido en el teatro. Desde Francia emergió, y como aceite se extendió por el mundo, un teatro que rompe con los moldes convencionales y expresa con angustia o con humor, la desesperanza del hombre solo, su imposibilidad de comunicación la esterilidad de su existencia, la negatividad de su destino en medio de una sociedad inhóspita. Beckett, Ionesco, Genet, son los profetas de esta "mala nueva" que pronto encontró eco en Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y hasta en nuestra receptiva y caótica América Latina. Por otra parte, la obra de Brecht y sus seguidores, comprometida y llamando al compromiso alimentó las apetencias pragmáticas de una época utilitaria.

¿Y Miller? ¿Por qué guarda silencio el dramaturgo que la noche del 10 de Febrero de 1949, al estrenar "La Muerte de un Vendedor" se erigió como el más destacado dramaturgo de su época?

Tratemos de contestarnos, determinando la finalidad última de la preocupación de Miller como escritor. Al repasar su obra dramática, emerge, en su grandiosidad, la meta de su quehacer literario. Mientras otros dramaturgos dan testimonio de una de las caras de la naturaleza humana, ora acentuando la complejidad ~~psicológica~~ de su psicología o enfatizando aspectos ontológicos, ora exhibiéndola como el producto circunstancial de un momento histórico o de una organización social, Miller busca la suma, el enfoque multifacético, la verdad no mutilada.

Detengámonos en Willy Loman el protagonista de "La Muerte de un Vendedor". Loman es un personaje perfectamente individualizable. A medida que tomamos contacto con él, su humanidad hecha de realidades y de sueños, de anhelos y frustraciones se apodera de nosotros. No es él, el personaje "simpático" del que nos hablan los tratados de técnica dramática, sino, por el contrario, sus defectos y limitaciones son claramente perceptibles. No obstante, Willy Loman concita nuestro interés, nuestra piedad y nuestra admiración porque él es un hombre amasado con los contradictorios ingre-

dientes que forman la esencia de la especie humana.

Pero este hombre trascendente, también es hombre temporal. Su tragedia nace en la confrontación de su naturaleza de hombre, con los elementos significativos, los mitos y el pauperismo humanístico de su época y de su civilización. Los medios que le han dado, los "slogans" que le han repetido, los valores que le han impuesto, no lo capacitan para cumplir su función de hombre y lo condenan al fracaso.

¿Es, pues, "La Muerte de un Vendedor" drama psicológico? ¿Es su objetivo la crítica social? Ni uno ni lo otro, sino ambas cosas convenientemente complementadas.

En la última década, la dramaturgia del mundo se ha polarizado en dos grupos de autores. Unos, enfatizando el drama del hombre aislado y poniendo su acento en los logros o frustraciones de su "yo" trascendente. Otros, planteando una despiadada crítica social, auspiciando y pregonando un nuevo orden en la sociedad y esperando de él el nacimiento de un hombre multitudinario capacitado para cumplir su función temporal de engranaje social.

Entre los dos polos, se alza Miller buscando la suma, la armonía y el complemento entre el hombre trascendente y el hombre temporal. ~~Entre~~ Armonía que impedirá la tragedia planteada en todas sus obras, cual es, el enfrentamiento del hombre con su medio y la inevitable destrucción de aquel por éste.

Como todo hombre que denodadamente busca la verdad, con auténtica libertad, Miller ha sido perseguido, vilipendiado o, lo que es peor para un escritor, encasillado en estrechos moldes. Tal vez, en este hecho y en la dificultad de su meta literaria, debamos encontrar la explicación de su silencio por largos ocho años.

Pero el mensaje de Miller ya está siendo escuchado. Los extremismos -estéticos o ideológicos - son vehículos rectificadores y, como tales, transitorios. A la postre, el equilibrio, la justicia y la verdad se imponen. El escritor es el intérprete de las íntimas apetencias de los pueblos y de la humanidad entera. Ha llegado, pues, la hora propicia para que Miller, cumpliendo con esa función social, rompa su silencio y exprese, con renovada firmeza, la urgencia de ~~dar~~ satisfacción a la necesidad de una existencia en que el hombre viva en paz con su conciencia y su medio; con su naturaleza trascendente y su función social; con su soledad y con su solidaridad.

En la espera de que ese silencio se rompa y que las palabras que expresen los sentimientos y anhelos de una época sean dichas, hay que destacar cuan oportuna ha sido la determinación del Teatro Universitario de Concepción de poner en escena "La Muerte de un Vendedor". que, a 15 años de su estreno en Broadway, adquiere en nuestro país su más hondo significado.

SERGIO VODANOVIC